

A PROXIMACIONES
CRÍTICAS

Luis Carlos Herrera, S.J.
Carolina Alonso
Hernán Fonseca
Sarah de Mojica

AMORES RIVERIANOS: ¡UN AMOR MÁS ALLA DE LA MUERTE!

*Luis Carlos Herrera, S.J.**

*“Yo soy aquel espíritu inconforme
ávido de infinito,
siempre triste, insaciable y multiforme...”*

José Eustasio Rivera expresó en su obra toda la gama del amor humano y en busca de la “la eterna fuente de ventura” recorrió sus caminos, al menos en la imaginación.

Menos experimentado que Barba Jacob, se acercó a las lecciones de Rubén. Supo del placer; no lo llevó a otra meta que a la melancolía.

Sus amigos sospechaban que Rivera nunca había sido flechado por un amor profundo y le creían cuando recitaba el verso de Valencia:

*“Carne, ¿qué más anhelas? Corazón ¿qué más quieres?
Pasan las estaciones y pasan las mujeres...
Y yo que he amado tanto ¡No conozco el amor!”.*

De esto se quejaba en solemne momento: “¡No haber amado!”... Quizás fue la novia de Chía la que dejó una herida incurable; estaba enamorado y un día descubrió que ella tan sólo lo quiso como amigo.

En la muerte de su hermana Inesita esperaba una palabra de ella. No se manifestó. “¡Qué pesar... “ella no fue nada para mí y yo no fui nada para ella!”. Sintió su

* Profesor departamento de literatura Pontificia Universidad Javeriana.

dignidad ofendida. Quizás se había exagerado en sus afectos. Para Rivera no fue un amor pasajero y lo dejó desconcertado para toda la vida. Marcó toda amistad femenina y fue cauteloso al acercarse a la mujer.

Durante su estancia en Ibagué no quería caer en las sutiles mallas de las ibaguereñas. Se sentía mal en una sociedad formalista y pacata. Le era casi imposible vencer su timidez en el trato con la mujer. A ellas les parecía excesivamente modesto y reservado el joven pedagogo, pero eso lo volvía atractivo y constituía un desafío.

Su inmenso problema lo expresó en LA VORÁGINE: “Nada supe de deliquios embriagadores, ni de confidencia sentimental, ni de la zozobra de miradas cobardes. Más que el enamorado fui siempre el dominador cuyos labios no concibieron la súplica...”. Para terminar, luego: “Con todo ambicionaba el don divino del amor ideal que me encendiera espiritualmente, para que mi alma destellara sobre mi cuerpo como la llama de un leño que lo alimenta”.

El poeta lírico nos descubre su historia sentimental. Afrontó el problema en su adolescencia, de sus fracasos en el amor, con poemas propios de la edad. Platónico, manifestaba su amor a la Gloria, ansiando “descansar en tu seno la cabeza” o robar “el beso de tus ojos” y como ese amor ideal “el cielo le señala”, ha aprendido a volar para llevarla entre las alas, dormida.

Este amor se identifica con la estrella “que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas”.

“Tus ojos”, “Sueña”, “La primicia del beso”, “Ilusión”, “Vindel”, “Adiós”, “La cautiva”, “Buscando la palabra” son expresiones de un corazón que ama ingenuamente y empieza “abriendo al sol el ala temblorosa” y termina huyendo por la serena lejanía, “en busca de otro azul y de otra rosa”... cuando no paralizado, temiendo la caricia que se mueve “entre mi timidez y tu decoro”.

Como todo joven campesino encontró en la naturaleza la comprensión de lo erótico. En **Tierra de Promisión** no rehuye lo genésico superando tabúes vigentes, pero eleva el epitalamio al símbolo de la unión de América y España en el encuentro paradisiaco con la indígena.

Conoció el amor caballeresco y soñó con una familia constituida según los cánones de su tiempo, pero sintió la duda de los deseos más hondos y la lucha de la castidad que supera la tentación. Sin duda, sintió las objeciones del hombre inteligente que descubre las dimensiones éticas de sus actos entre la inclinación y la responsabilidad. Y llegó a plantearse “que si es pecado el amor, que el cielo dé explicación, porque es mandato divino”. La revelación de un Dios que hizo al hombre y a la mujer para el amor y que los puso en problemas para superar las pasiones desbordadas, le iluminó el proceso de madurez de su psicosexualidad.

La revelación rompe el pensamiento pagano del amor. La sexualidad no se sacraliza con el recurso al rito, o al mito, sino porque es obra de Dios “y vio que todo lo que había hecho era bueno”. No obstante, la pareja ideal sufre el drama del pecado y de esta tragedia participa la sexualidad. El pudor señala esta quiebra. Dios humaniza el sexo, que no es un medio de satisfacción privada, ni estupefaciente al alcance de todos, sino una invitación a salir del egoísmo y debe conformarse a la responsabilidad del hombre frente a la mujer, a la comunidad y a la especie. Esta dimensión se ocultó a sus reflexiones de adolescente.

Las visiones desviadas producto de su fértil imaginación, las expresó para sus amigos más íntimos en “Camafeo”, “Cleopatra” y otros muchos poemas clandestinos. El gusto salobre de la infidelidad como resumen de los goces terrenos lo describe en “Exaltación” y en “Canto de Nupcias” la lucha se transforma en campo de batalla.

Por un lado, “el enemigo de tu virtud” y la mujer frente a frente, separados por un muro: “tu virtud de virgen crédula: ¡tu candor que quieres sacrificar a mi pecado! No te acerques a mí”, le dice. La razón: el concepto pagano de placer como único motivo de la unión que sacrifica la belleza en torpe rito, en desenfreno de festín pagano, que no llega a comprender.

¿Y quién, pregunta, que lleva el fuego de la altura, y buscó la felicidad en la vida, en la fe y en la hermosura no se pervierte de rencor, viendo esta contradicción?

Sólo la madurez, pasado este esplendor de juventud, le hace comprender su propia humillación, pues

*“...cuál si fuera triunfo mi fracaso,
brindaré por el bien que nunca vino
y por el mal que floreció a mi paso...”.*

Esta es la razón del cántico blasfemo.

Tres experiencias reales ilustran este difícil aprendizaje de su madurez: la niña de Bogotá, la muchacha casquivana y Lolita Durán, su amor sogamoseño.

La niña de Bogotá se llamaba Mary y era prima de Manuel Ángel Montoya. Educada en Londres, de ella decía el primo: “La quise tanto que no quise que fuera mía”. Admirada por José Eustasio, gracias al amigo común, Charria Tobar, cuyas ponderaciones lograron atraer a Rivera y hacerlo soñar, presentía José Eustasio que su presencia le quitaría la palabra:

*“... al verte un gozo tímido mi triste labio sella
y mientras todos laudan tu excelsitud de estrella
mudo, como una cumbre, me enciendo en tu fulgor”.*

Se encontraron la tarde de San Silvestre, en Madrid, Cundinamarca. Venciendo su timidez, llevó Rivera muy temprano a la casa de campo de Ángel Montoya. Fue recibido aristocráticamente. Todo era expectativa y emoción. Por fin, apareció Mary, hermosa y atractiva. Entabló un largo diálogo con ella en medio del gracejo de los amigos. Rivera pensó recitarle algún poema según la petición de la concurrencia. Un amigo recitó *Los potros*. Todo era fiesta y danza. Al día siguiente, se encontraron de nuevo y ella le pidió que recitara; recitó *La golondrina* y puso énfasis en lo que después fue realidad: "...contagiada del mismo desamparo... mi alma también atardeció de olvido!".

Efectivamente, al otro día la llamó por teléfono como si estuviera enamorado. Pero tuvo que partir a Lima y ella fue realmente una estrella que se apaga en el mar".

Le envió Rivera un retrato desde Lima que no llegó a su destino y entonces escribió el *Adiós*:

*"me abrazas y vibramos en un solo gemido;
Tú por la angustia efímera del recuerdo querido,
Yo, por la certidumbre de que voy a olvidar!"*

Quizás ella olvidó antes que él este efímero amor.

En los días de sus luchas políticas y en medio de sus fracasados intentos, ávidos de afectos en medio de su soledad, se entregó a relaciones con una muchacha sin dinero ni reputación social. Sucedió que fue vencido "por los ardores de su sangre liviana" y su ardorosa pasión se disolvió en hastío. ¿Nunca podría hallar el amor? En su tristeza, así expresó su desengaño:

*"Lloro porque mi herida va cediendo al olvido...
... Otras vendrán y en todas perderé lo que espero..."*

*Por fin, solo, una tarde sentado en el sendero
esperaré la novia de velo y antifaz.*

*Pensando en tí, con ella celebraré mis bodas
y marcharemos luego como lo hicieron todas
por la senda que nadie desanduvo jamás!"*

Al amor siempre lo consideró como una ruina de su vida. Con las manos vacías, quizás con ojos avergonzados, miró el cristal hecho pedazos y el corazón insatisfecho. Nunca gustó de comentar en sentido vulgar lo erótico en su vida, pues tenía muy exaltada la idea del decoro y del buen gusto.

Hay un amor que nunca lo defraudó. Fue en Sogamoso donde lo conoció: Lolita Durán, quien florecía en sus 15 años, en un hogar de noble señorío. Hija de don Lisandro Durán, el gran amigo de Rivera. Hacendado, cazador de jauría y caballero sin tacha. La hacienda se llamaba Las Monjas. Ella tocaba piano muchas veces sobre partituras, regalo de Rivera, dedicadas a ella con el cariño que le inspiraba el corazón de poeta enamorado.

En enero y febrero del 28 volvió Rivera a Sogamoso a disfrutar de vacaciones en el hogar de LISOL. Allí encontraba el atractivo de la caza, de los paseos a Tota, pero, sobre todo, de la amistad de don Lizandro y de la compañía de Lolita, su amor excepcional.

En medio de la angustia de tener que despedirse, Rivera le había confesado “no tener ilusión en la vida”, pero le dedicaba el poema "Ilusión" que expresa el bello y grande anhelo de volver...

*“porque llevo en mis labios incrustado
ese beso que tu nunca me has dado
y que llena de luz mi corazón”.*

Rivera partió para Nueva York. Se despidió con lágrimas de sus amistades como previendo quizá que no volvería. “No se vaya a morir”, le decía a Lolita, su maternal amiga de Sogamoso.

Murió primero él rubricando su pensamiento del amor:

*“Yo soy aquel espíritu inconforme,
ávido de infinito,
siempre triste, insaciable y multiforme...”.*